



# Cinco claves para cuidar la relación familia-escuela



Educar es un acto relacional. Desde esta convicción, la alianza familia-escuela no es un trámite ni se activa solo ante los problemas, sino que sostiene el clima, la coherencia educativa y el desarrollo integral del alumno. En un contexto de familias diversas y escuelas más exigidas, el reto es cultivar confianza y corresponsabilidad desde el inicio para que el niño y el adolescente crezca acompañado por una comunidad. Familia y escuela unidos por el mayor bien del hijo/alumno.



Belén  
Blanco Rubio



Responsable pedagógica Fundación Educación Marianista  
Domingo Lázaro

[belenblancorubio@gmail.com](mailto:belenblancorubio@gmail.com)

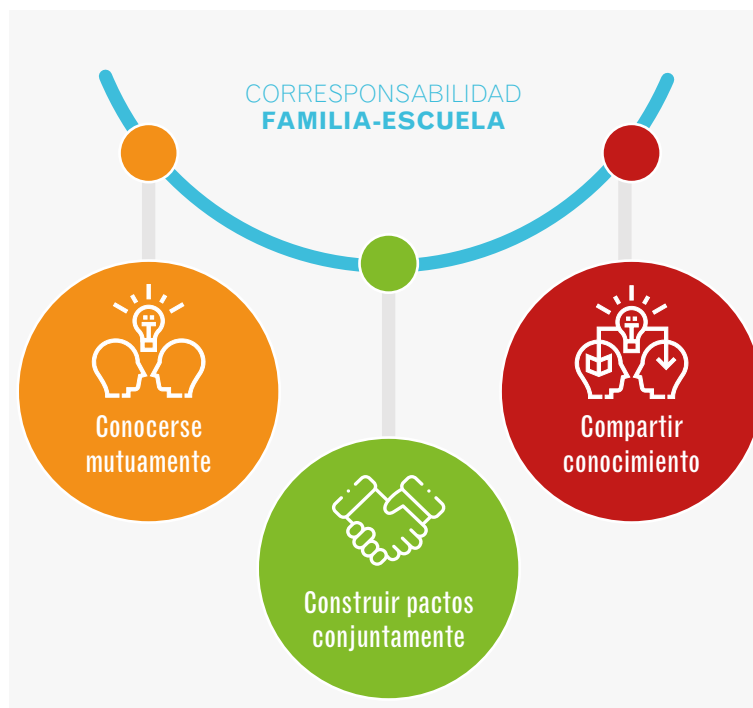
 @Beblanch  
 @belenblancorubio



Hay convicciones que, cuando pasan de la teoría a la vida, transforman una escuela. Esta es una de ellas: “educar es un acto relacional”. Aprendemos y crecemos en relación: con nosotros mismos, con los demás, con el saber y con el mundo. La escuela relacional toma en serio esta evidencia humana y educativa: pone las relaciones en el centro de la vida escolar y orienta su acción a formar personas capaces de reconocerse y reconocer al otro, de construir humanidad y de practicar la ética del cuidado. Por eso, el proyecto educativo no se limita a lo académico: cuida intencionalmente el clima, los vínculos y las competencias relacionales (con uno mismo, con el otro, con el saber y con el mundo). En esta visión, la comunidad educativa no es un decorado: es el medio en el que el alumno se forma. Desde esta convicción, la escuela debe convertirse en una segunda casa y el sentido de comunidad es esencial. Podríamos convertir el proverbio africano que dice que “para educar a un niño hace falta la tribu entera” en “lo que educa es la comunidad y las relaciones”.

A partir de aquí, hay que decir que no hay comunidad educativa sin alianza familia-escuela. En este marco, la relación entre escuela y familia no es una cuestión administrativa, ni un asunto de imagen, ni una colaboración que se activa solo cuando hay un problema. Es una relación estructural: condiciona el clima, la coherencia educativa y, en última instancia, el aprendizaje y el desarrollo integral del alumno. Por eso, cuando hablamos de escuela relacional, hablamos también de la importancia que tiene la calidad de la alianza familia-escuela. Sabiendo que los padres son los primeros y principales educadores de sus hijos, y que su actitud responsable es decisiva para promover valores, para lograr una educación integral y armónica, es imprescindible que familia y escuela aúnen esfuerzos y criterios.

¿De qué hablamos cuando hablamos de relación familia-escuela? Podemos definirla como la creación de un vínculo estrecho y de confianza en favor de un



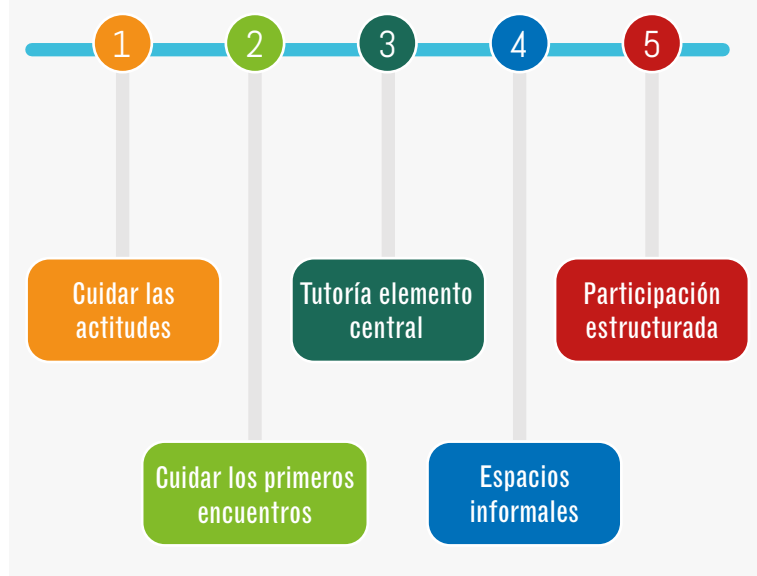
objetivo común: el crecimiento personal del hijo-alumno y el desarrollo de su proyecto de vida. No se trata de estar de acuerdo en todo, sino de caminar en la misma dirección en lo esencial.

Para ello es fundamental una alianza de base: la que se genera entre una institución que ofrece una propuesta educativa (basada en una antropología y una cosmología) y una familia que confía su mayor bien a ese proyecto educativo concreto. La palabra alianza tiene, por tanto, un peso específico. Alianza significa que nadie compite por el niño, nadie se lo apropia, nadie lo usa como argumento. Significa que ambas partes aceptan que educar requiere unidad de criterios en lo fundamental, y que esa unidad se construye conversando, acordando y sosteniéndose mutuamente. Significa también que la división del trabajo entre familia y escuela está definida y aceptada: no para levantar muros, sino para evitar confusiones, rivalidades y desgaste. Dicho de otro modo: la alianza existe cuando familia y escuela pueden mirarse y decir con serenidad: “Estamos en el mismo equipo y nuestro equipo se llama ‘el mayor bien del niño’”.

Esta relación familia-escuela se sitúa hoy en un contexto nuevo: más diversidad, más desafíos, más expectativas... y una mayor necesidad de confianza. Hoy las familias son más diversas en ritmos,



## CLAVES RELACIÓN ESCUELA-FAMILIA



modelos, posibilidades y experiencias. A su vez, tienen imaginarios diferentes sobre la escuela y sobre cómo situarse en ella. Algunas se implican más para estar informadas y presentes; otras demandan mayor comunicación o desean más presencia en la vida del centro. También se detecta mayor individualismo y, en algunos casos, una sobreprotección que incrementa la desconfianza. De igual manera, hay familias que entienden el centro como un servicio a su disposición; otras declinan en el centro responsabilidades que les corresponden; otras han perdido la confianza o no tienen tiempo ni recursos para relacionarse con la escuela.

Asimismo, la escuela se siente más exigida: se le pide personalizar, incluir, acompañar emocionalmente, innovar, responder a desafíos digitales y sostener la convivencia. Y se ve sometida a cierto clientelismo, a cuestionamientos y desconfianza por parte de algunos padres, lo que genera necesidad de protección personal y profesional y puede alejarla de la relación de confianza y familiaridad que favorece la educación del menor. En síntesis, tal y como evidenciaron Collet y Tort en 2014, según el tipo de vínculo hay tres tipos de familias para la escuela:

- Familias visibles, que tienen facilidad en la comunicación con el centro escolar y que suelen estar bien valoradas.

- Familias invisibles, que no siguen las pautas esperadas por la institución docente y se las considera poco implicadas.

- Familias hipervisibles, que colonizan los vínculos entre los educadores y las familias.

En este escenario es fácil que la relación se tense: el profesorado puede sentir que se cuestiona su trabajo; las familias pueden percibir que se les informa mucho, pero se les escucha poco; o al revés, que todo recae sobre la escuela y, a la vez, se le exige un resultado inmediato.

La escuela relacional, que quiere cuidar el vínculo entre las familias y el colegio, no idealiza: reconoce que habrá roces, conflictos y malentendidos. Pero sostiene una convicción práctica: la confianza se construye antes del conflicto, no durante. Por eso, la alianza familia-escuela no se trabaja solo cuando hay dificultades: hay que cultivarla desde el primer acercamiento de las familias y no puede depender de la buena voluntad aislada de algunas personas. Necesita intencionalidad, cultura compartida, estilo institucional y decisiones organizativas.

Veamos a continuación cinco claves relacionales para cuidar la relación familia-escuela.

### Clave 1. Cuidar las actitudes: el vínculo empieza antes que los protocolos

En la relación con las familias hay procedimientos necesarios, pero la base es que la escuela esté impregnada de un estilo relacional que cuida que todas las relaciones en torno al desarrollo del alumnado sean personalizadas y personalizadoras. Ese estilo se percibe en el tono, la acogida, la escucha, el modo de nombrar al otro, en lo diario y también en los momentos complejos. Un estilo que, sostenido en el tiempo, se convierte en cultura: cultura relacional.

Cuando la escuela se relaciona desde el entendimiento, la cercanía, la acogida, la colaboración y el respeto, las familias desarrollan sentido de pertenencia. Esto



se juega en aspectos cotidianos que rara vez aparecen en un plan estratégico, pero determinan el clima: el lenguaje con el que el centro habla de las familias, las expectativas mutuas (y si se explicitan o no), la percepción de poder que cada colectivo atribuye al otro, las rivalidades que conviene desactivar y la capacidad de sostener acuerdos y reparar cuando algo se fractura.

Para que esto se dé es importante tener en cuenta las siguientes actitudes sobre las que basar esta relación:

1. Buscar el lugar de encuentro que, como veremos, se da tanto en lo formal como en lo informal.
2. Cuidar de nuestras familias para cuidar de los alumnos. Lo que une a familia y escuela son los alumnos. Es imprescindible un cuidado mutuo que revierta en su bienestar y desarrollo. La finalidad de la escuela no es la familia, pero esta se convierte en responsabilidad primera por su influencia directa en el desarrollo del alumno: solo cuidando a las familias cuidamos a los alumnos.
3. Hacer sentir a las familias como en una segunda casa. Para educar a un hijo, y especialmente para afrontar dificultades, es clave sentir la escuela como un lugar seguro y confiable. Para ello, es esencial el reconocimiento mutuo de la buena intención y el deseo común de buscar lo mejor para el hijo/alumno.
4. Complementariedad y corresponsabilidad familia-escuela. Esta idea es nuclear. Favorecer el progreso personal y escolar de cada alumno implica compromiso de corresponsabilidad educativa. Para ello, es esencial que familia y escuela se comuniquen con tres intenciones:
  - a. Conocerse mutuamente.
  - b. Compartir conocimiento.
  - c. Construir pactos conjuntos.
5. Respeto y aceptación sin renunciar a nuestra finalidad. Es necesario tener claros límites y mínimos. El establecimiento de corresponsabilidades deja también definido lo que no se asume como campo de acción. Hay situaciones sensibles: presencia de familias para conocer lo que se hace en el aula, opiniones sobre resolución de





conflictos, decisiones familiares sobre aspectos organizativos o económicos del centro. Ante esto, lo importante es tender puentes de participación y colaboración, compartiendo conocimiento y asumiendo las responsabilidades que a cada parte le competen.

## **Clave 2. Cuidar los primeros encuentros: pertenecer es la primera condición para confiar**

Esta clave se entiende mejor si recordamos el principio fundamental: el modo en el que las escuelas cuidan de los niños se refleja en cómo cuidan de las familias. Cuando el educador ve al alumno como persona a desarrollar integralmente (no solo como estudiante), ve a la familia y a la comunidad como colaboradores.

En una escuela relacional, los primeros encuentros no son un trámite previo a lo importante: son el comienzo de la alianza. Desde el primer contacto, la familia decide (consciente o inconscientemente) si el centro será un lugar donde confiar lo más valioso que tiene.

A menudo, el primer rostro del colegio no es el del tutor, sino el de quien está en la puerta, atiende el teléfono o gestiona trámites. Ahí se juega parte decisiva del sentir inicial. Desde la primera vez que una familia atraviesa la puerta debe sentirse acogida: la actitud de quienes reciben (abierta, alegre, cariñosa) es una

carta de presentación. También comunica mensaje la facilidad o dificultad para entrar y circular por el centro: ¿se percibe como un espacio familiar y amable o como una misión casi imposible?

La accesibilidad (sin perder seguridad) es un lenguaje educativo. Y no se trata solo de personas: importan los espacios. Conviene mirarlos con sentido crítico: ¿acogen, invitan a conversar, hacen sentir a gusto? ¿O hacen sentir extraños y subrayan estatus? El cuidado del espacio —también estético— predispone a la confianza.

Las jornadas de puertas abiertas y reuniones de inicio suelen acumular dos riesgos: repetición y formato monótono. Por eso, es esencial una planificación vertical de temas y repensar formato, estructura y contenido. La clave es simple: una familia no se vincula solo por información, sino por conexión. De ahí la conveniencia de pautas conjuntas y, cuando se pueda, incluir a los alumnos como mediadores: mostrar el colegio, poner rostro a su vida real y traducir el proyecto educativo a experiencias.

En los primeros encuentros, el centro ha de sostener un equilibrio: cercanía real y profesionalidad clara. El objetivo no es seducir ni prometer todo, sino ofrecer un marco honesto y cordial. El educador representa un proyecto y un estilo: su talante comunica institución. Por eso,



## CAMINANDO JUNTOS

**Una herramienta relacional: el “Qué, quién, cómo y cuándo” compartido con las familias**

Una medida sencilla y de alto impacto para cuidar la alianza escuela-familia es elaborar, al inicio de curso, un documento breve de “Qué, quién, cómo y cuándo” (QQCC). Es una herramienta relacional que convierte expectativas difusas en acuerdos claros y, con ello, reduce tensiones y fortalece la confianza.

**¿Qué incluye un QQCC?**

- **Qué:** propósito educativo del centro y prioridades del curso (aprendizaje, convivencia, acompañamiento...).
- **Quién:** mapa de referentes (tutoría, profesorado, coordinación, orientación, dirección, administración) y para qué sirve cada uno.
- **Cómo:** canales oficiales, estilo de comunicación, confidencialidad y tiempos razonables de respuesta.
- **Cuándo:** momentos clave del curso (reunión inicial, tutorías, evaluaciones, entrevistas, actividades comunitarias y extracurriculares) y cómo se solicitan.

Y cuando hay desacuerdo: cauce de conversación y seguimiento para reparar sin romper el vínculo. Prevención e intervención.

Lo decisivo no es entregarlo, sino trabajarlo.

El QQCC cumple su función cuando se convierte en lenguaje compartido. Algunas claves para trabajarlo con las familias:

1. Presentación dialogada en la reunión inicial.
2. No “leer” el documento: explicar el porqué (evitar malentendidos y cuidar el bien del alumno) y subrayar dos ideas: objetivo común y roles complementarios.
3. Dinámica breve por grupos: “¿a quién acudirías si...?”
4. Con tres situaciones tipo (una académica, una de convivencia y una emocional), las familias deciden el “quién” y el “cómo”. Se corrige y se unifican criterios.
5. Acuerdo mínimo de comunicación.
6. Cerrar con tres compromisos sencillos (por ejemplo: usar cauces oficiales, evitar mensajes en caliente, pedir entrevista cuando el tema sea sensible).

En definitiva, el QQCC funciona como un suelo compartido: clarifica, protege la relación y ayuda a que la colaboración no dependa solo de la buena voluntad, sino de una cultura común orientada al bien del alumno.

- Preparar la entrevista y registrar acuerdos: la improvisación suele ser enemiga de la confianza.
- Empezar por fortalezas reales del alumno y, desde ahí, abrir áreas de mejora como camino compartido.
- Evitar un tono que genere culpa en los padres: la culpa bloquea, la responsabilidad activa.

La tutoría necesita equilibrio entre cercanía y respeto: ni distancia fría, ni excesivo “colegueo”. Se trata de una relación profesional cálida, con límites claros, orientada al crecimiento del niño.

en la primera entrevista conviene cuidar al menos tres cosas: acogida, claridad y coherencia.

Una buena propuesta es crear un “libro de estilo” para la relación con las familias, acompañado de formación, con pautas claras y simples. Su valor no es normativo, sino cultural: ayuda a generar confianza mutua, tender puentes, sostener acuerdos y cuidar el respeto incluso con tensiones. Además, responde a un reto actual: atender con sensibilidad la diversidad de familias y circunstancias, para lo cual conviene también conocimiento básico de la normativa.

Si la escuela quiere ser casa, debe parecerlo desde la puerta. Cuidar los primeros encuentros evidencia coherencia: construye pertenencia y la pertenencia abre el camino de la confianza.

**Clave 3. Hacer de la tutoría el corazón de la colaboración**

Si tuviéramos que elegir un lugar decisivo en la relación familia-escuela, sería la tutoría. La figura del tutor sostiene la relación cotidiana con las familias y, en gran medida, el sentir que una familia tenga del colegio dependerá del tipo de relación establecida con esta figura. Por eso, una escuela relacional cuida la tutoría como espacio educativo, más allá de lo burocrático o de intervenir solo cuando hay dificultades o conflictos.

En las tutorías con las familias debemos ganarnos su confianza. En una tutoría, el conocimiento profundo del alumno, y el cariño y preocupación que el tutor demuestre por él, son la mejor manera de ganarse el respeto. Y si queremos conocer al alumno en todas sus dimensiones, no debe bastarnos la opinión del tutor: conviene incorporar lo observado por el conjunto de educadores en los distintos ámbitos del centro, que a menudo comparten mucho tiempo con él.

Algunas prácticas sencillas que ayudan a crear este clima:

- Garantizar al menos un encuentro individual por familia cada curso (y más cuando sea necesario).



## ÁGORA DE PROFESORES

### Arquitectura de la confianza: diseñar un itinerario de relación con familias

**Objetivo:** identificar los puntos críticos del curso donde se gana o se pierde confianza y diseñar mejoras comunes.

**Desarrollo**

1. **Mapa del curso.** Dibujar una línea temporal (septiembre-junio). Marcar momentos de contacto: inicio, entrevistas, boletines, reuniones, incidencias, salidas, evaluaciones, etc. Poner encuentros formales e informales.
2. **Semáforo relacional.** Con post-its:
  - Verde: momentos que generan confianza.
  - Amarillo: momentos ambiguos.
  - Rojo: momentos donde suele haber tensión.
3. **Diagnóstico.** Elegir dos rojos y responder:
  - ¿Qué suele provocar el conflicto?
  - ¿Qué expectativas no dichas hay?
  - ¿Qué parte es forma y qué parte es fondo?
4. **Microcambios.** Diseñar 3 cambios institucionales de bajo coste y alto impacto (ej.: cómo se convoca, qué se explica, cómo se documentan acuerdos, cuándo se llama, qué canal se usa).
5. **Cierre.** Incorporarlos a la PGA del centro y evaluarlos en la memoria de final de curso.

### Clave 4. Abrir espacios informales: comunidad no es "evento", es vida compartida

Gran parte del vínculo no se construye en reuniones, sino en lo cotidiano. Por eso, es necesario propiciar relaciones informales: escuela abierta al barrio, actividades para familias, celebraciones, deporte, espacios de encuentro después del horario lectivo... Cuando estas experiencias se sostienen, el centro se convierte también en un lugar donde las familias hacen vínculos entre sí: redes de apoyo que, a la larga, fortalecen a los alumnos.

La comunidad no se improvisa: se cultiva, especialmente en espacios donde la relación no está programada para hablar de notas, normas o incidencias, sino para compartir vida. Las relaciones informales no son un añadido: son una necesidad educativa, porque permiten conocerlos, crear redes y generar un clima de confianza que sostiene los momentos difíciles. La confianza se construye más por experiencia que por discurso: una reunión formal puede informar; un espacio informal suele humanizar. Es ahí donde la familia deja de sentirse cliente o usuario y comienza a sentirse miembro de una

comunidad. Si queremos colaboración auténtica, los padres han de sentirse acogidos e integrados; de lo contrario, la escuela se reduce a prestación de servicios y los vínculos se debilitan.

Además, estos espacios ayudan especialmente en contextos de diversidad: integran a las familias nuevas, reducen aislamiento y ofrecen un marco menos intimidante que la reunión formal.

Celebraciones de comienzo y fin de curso, fiestas del centro, semanas temáticas, eventos deportivos, actividades solidarias o culturales... son ejemplos quizás ya conocidos. Pero una escuela relacional da un paso más: no se limita a "tener eventos", sino que busca hábitos comunitarios. Aquí vemos algunos casos:

- Centro abierto al barrio o al entorno: abrir espacios y propuestas que generen movimiento social, cultural o deportivo y favorezcan el conocimiento mutuo.
- Actividades para familias: deporte, arte, idiomas o talleres que puedan realizar en el centro mientras sus hijos participan en extraescolares; esto facilita participación y crea tejido relacional.
- Espacios para el encuentro y la conversación: rincones que inviten a quedarse, conversar y construir relaciones.
- Iniciativas de formación y acompañamiento: propuestas para compartir inquietudes educativas, apoyarse y aprender juntas.

Una idea sugerente es habilitar un "club social": un espacio acogedor para que las familias se relacionen, organicen actividades y sientan el colegio como propio. Es infraestructura relacional.

Abrir espacios informales no significa diluir roles. En estos encuentros no se debe dar ni recibir información oficial, ni tomar decisiones, ni abordar asuntos lectivos o educativos que corresponden a otros cauces, porque eso genera malentendidos y conflictos. En otras palabras:



lo informal es para tejer confianza, no para resolver asuntos sensibles.

### Clave 5. Pasar de participación simbólica a participación con propósito (y con estructura)

La participación familiar no debería reducirse a estar presentes ni a ayudar cuando hace falta. Conviene distinguir ámbitos: participación estructurada (AMPA, consejo escolar, delegados), participación en procesos de aprendizaje y participación a través de la comunicación e información.

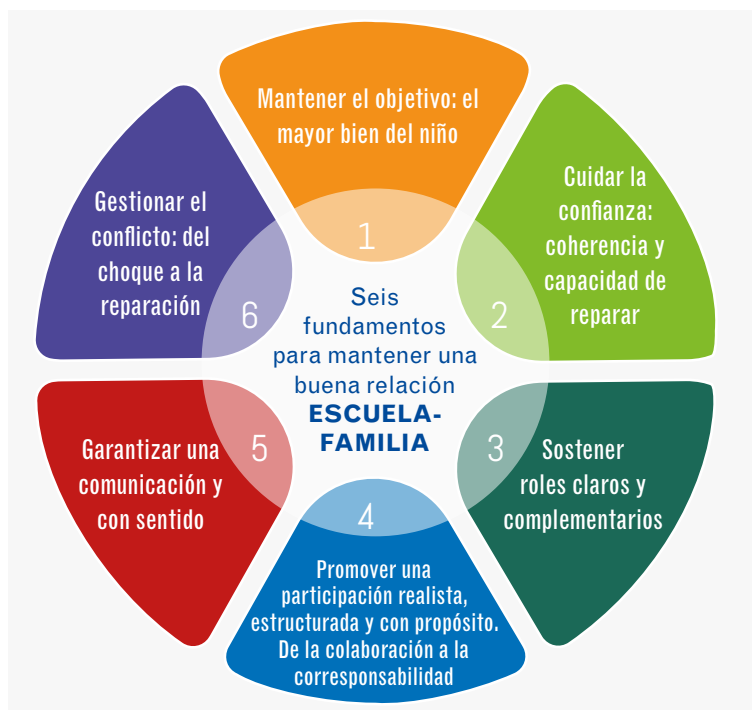
En muchos centros se constata un fenómeno: existe regulación y órganos de participación, pero la implicación real es baja, voluntaria y poco sistematizada. La clave es revisar el sentido y el diseño de esa participación: orientarla, hacerla visible, darle continuidad y objetivos claros. Por ejemplo:

- Un protocolo de participación que explique estructuras y cauces (incluido buzón de sugerencias y encuestas).
- Comisiones mixtas (familias-profesorado-alumnos) para temas concretos (biblioteca, convivencia, festejos...).
- Una escuela de padres como foro real de intercambio y equipo, no como charlas desconectadas.

Además, hay formas de participación en el aprendizaje que respetan roles y suman valor: grupos interactivos (familias como voluntarios que dinamizan el aprendizaje diseñado por el docente) o tertulias dialógicas, donde alumnos, profesores y voluntarios leen y dialogan sobre un texto. Cuando se hace bien, no se invade el aula: se ensancha la comunidad de aprendizaje.

### Conclusiones: seis fundamentos para sostener la alianza escuela-familia

Para cerrar, conviene recordar los elementos básicos que hacen posible una relación sana entre escuela y familia. Son como el suelo: no siempre se ve, pero sostiene todo. Cuando alguno falla, lo demás se resiente.



1. Mantener explícito el objetivo común: el bien del niño. Parece obvio, pero no siempre se nombra. Cuando una conversación se desplaza hacia quién tiene razón, el foco se pierde. Volver al objetivo común ordena emociones, lenguaje y decisiones. En entrevistas delicadas, explicitarlo desde el inicio (estamos aquí por el bien de...) baja defensas y abre la colaboración.
2. Cuidar la confianza: coherencia y capacidad de reparar. La confianza no es ingenuidad: se apoya en evidencias. Crece con la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, la discreción con información sensible, el cumplimiento de acuerdos y la capacidad de reconocer errores. Una relación madura sabe reparar: pedir disculpas, rectificar y reempezar sin pasar factura.
3. Sostener roles claros y complementarios. Familia y escuela comparten la tarea de educar, pero no hacen lo mismo. La familia aporta historia, valores vividos y conocimiento íntimo del hijo; la escuela aporta profesionalidad pedagógica, convivencia con iguales, exigencia académica y experiencia socializadora. Cuando los roles se confunden, aparecen dos riesgos: delegación total (arregladlo vosotros) o invasión (yo decido por vosotros). Roles claros generan tranquilidad.





4. Garantizar una comunicación bidireccional y con sentido. No basta con informar. La comunicación que sostiene relación escucha y devuelve; y, además, orienta: ayuda a comprender qué vive el alumno y qué pasos concretos pueden dar escuela y familia. Un plan de comunicación (canales, tiempos, responsables) protege el vínculo: evita silencios largos, impulsos en caliente y cadenas de malentendidos.
5. Promover una participación realista, estructurada y con propósito. De la colaboración a la corresponsabilidad. Participar no es solo asistir a actos. Es contribuir de forma ordenada: en espacios formales (AMPA, consejo escolar, delegados) y en experiencias que fortalecen aprendizaje y comunidad (proyectos, voluntariado, grupos

interactivos, tertulias). La participación sin propósito genera frustración, la participación con propósito genera pertenencia.

6. Gestionar el conflicto: del choque a la reparación. Donde hay relación, hay conflicto. El reto es que el conflicto no rompa el vínculo. Para ello hace falta mucha prevención, canales claros, cuidado del lenguaje, búsqueda de hechos, acuerdos por escrito y seguimiento. Una comunidad educa también en cómo discute y en cómo repara.

En definitiva, la calidad de la relación escuela-familia no depende solo de buenas intenciones, sino de estos fundamentos; cuando se cuidan, la alianza se fortalece. Una buena relación familia-escuela no se mide por la ausencia de problemas, sino por la capacidad de afrontarlos sin romper el vínculo. Cuando escuela y familia se reconocen como aliadas, el alumno deja de estar entre dos mundos y empieza a vivir una experiencia coherente. Y esa coherencia —más que cualquier técnica— educa.

Quizá convenga volver a colocar en el centro una pregunta sencilla: ¿qué decisión, qué palabra, qué gesto ayuda hoy a mirar juntos el mayor bien del niño? Cuando nos hacemos esta pregunta, la escuela se vuelve verdaderamente relacional: una casa que enseña a vivir con y para los demás •



## PARA SABER MÁS

DELGADO CASAS, C., ARAGÓN MENDIZÁBAL, E. y NAVARRO GUZMÁN, J. I. (2021). *Colaboración familia-escuela: Manual para docentes*. Pirámide.

FONTANA ABAD, M. (ed.). (2023). *La alianza familia-escuela y su impacto educativo: Elementos para la generación de políticas educativas basadas en la evidencia*. Narcea.

NOGALES SANCHO, F. V. (2020). *Escuela y familia. Misión posible: 27 maneras de implicar a las familias educativamente* (Expresiones). Khaf.



## HEMOS HABLADO DE

**Relación familia-escuela; cooperación familias-profesorado; participación de las familias; comunicación escuela-familia; gestión del conflicto.**

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en septiembre de 2025, revisado y aceptado en enero de 2026.